

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA  
COLECCION DE FOLKLORE

---

**CATAMARCA**

**259**

VILISMANO

Maestro AMALIA ROSA PONFERRADA Escuela Nº 5

Fojas 3

---

OBSERVACIONES

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

## Amor leyenda indígena y Colonial

### Leyendas del País de la Selva

El País de la Selva, sus Leyendas y Tradiciones.

-I-

El País de la Selva es la región argentina que se extiende, en el interior de la República, desde la cuenca de los grandes ríos hasta las primeras ondulaciones de la montaña, es decir, entre las llanuras bañadas por el Paraná y sus afluentes y los contrafuertes iniciales de la Cordillera de los Andes. Esta región central correspondió en los tiempos del coloniaje el nombre de Tucumán, y abarcaba, más o menos, las actuales provincias de Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba. En los tiempos anteriores a la conquista estuvo ella poblada por varias razas y pueblos indígenas, entre los cuales se collaran los lakos por haber recibido y adoptado del Guzes la cultura quichúa o incaica.

No hay en toda la República Argentina territorio alguno donde existan más tradiciones y leyendas locales que en el País de la Selva. Resonitos y argu-mentos legendarios de la antigua cultura indígena han persistido hasta los tiempos actuales, mezclándose y amalgamándose a veces, curiosa y originalmente, a las ideas y sentimientos aportados por la conquista española. Es sobre todo en la provincia de Santiago del Estero, que se deriva el corazón del País de la Selva, donde mayormente se conservan las antiguas leyendas indio coloniales, siendo las más populares la de Tupay y la del Pacuy.

Transmitense las leyendas verbalmente en quichúa, de padres a hijos. Pero la Selva tiene también sus trovadores que saben cantar su poesía. La poesía y la música se hallan unidas en los costumbres de la Selva, cual lo estuvieron en la Grecia clásica.

Siendo éstas las manifestaciones estéticas más genuinas del país, los trovadores, generalmente, cultivan las dos. La melodía acompaña y sostiene la copla y ambas se integran en la danza por un ritmo común.

Ninguna de las fiestas del país se realiza sin la presencia del trovador, especie de sacerdote de la alegría y de la muerte. Es su escenario la Selva toda, recorrida por él en vida vagabunda. Hoy le llevan a pelerías, mañana a una trinchera de carne estofada, después a pescebes, luego a halgorios de todo, más tarde a bailes tradicionales... Es el órgano expresivo de todos los sentimientos del pueblo. Es agasaja al viajero, al caudillo,

al magistrado o simplemente al patrón. El alma las reuniones carnavalescas o profanas, el plano en torno al fúnebre de difuntos monótonas abalanzas, y junto al cadáver de los jóvenes musical las letanias de los ángeles. Pues allí donde no llega la acción sacramental de la iglesia, no solo realiza su misión profana de la alegría bécica, sino las ceremonias de un verdadero culto religioso.

Ninguna particular indumentaria singulariza la sihueta del canto; pero el instrumento del cual se acompaña, completa su figura. Cultiva ante todo el amor de su sihueta.

Protégela de la humedad y del sol; quírela como si fuera una mujer... y la sihueta corresponde tanto a sus amores, que la trova dice:

Las cuerdas de mi guitarra  
jimen conmigo a la par  
y me ayudan a llorar  
el dolor que me lastima...  
¡Si parece que la prima  
hubiese aprendido a hablar!

## - II - Zupay

Entre los mitos del país, Zupay es, sin duda, la encarnación más potente del misterio sebrático. Zupay es el diablo de la Selva; y, como tal, no es producto genuino del espíritu quechua, ni la tradición incontaminada del dominio español.

Mal más bien es una resultante del uno y del otro. En su estado primordial es un genio latente y maligno; es el genio de todo lo adverso que aflige a los hombres, y al enemigo de nuestro Señor. Puede estar en el agua, en el fuego, en la atmósfera; y, sale, al par, dirigir estos elementos para sembrar en la Selva pestes, inundaciones, sequías, catástrofes... El mito de Zupay se relaciona tanto con los de la hechicera y la Salamanka, que constituyen inseparable unidad. Los poderes de la bruja provienen de un pacto con Zupay, y la Salamanka no es sino la academia subterránea, oculta en el bosque, donde el neófito aprende su ciencia, junto a las cátedras diabólicas. Zupay, maestro, da sus lecciones a la bruja, su discípula, en su escuela, tenebrosa, la Salamanka.

Krupay, universal y ubicuo en su estado latente, es multiforme en sus personificaciones y manifestaciones.

Prefiere en sus metamorfosis figuras humanas. Ya encarnado alguna vez en cuerpo de hermoso muchacho, apareciéndose en un rancho a cierta mujer ingenua.

Se ha mostrado otra ocasión como un gaucho rico y joven que visita la Selva en su caballo enjuzado de mágicos arreos.

Otra vez, un paicano, cantor de la comarca, atravesando el bosque, dumbo a la fiesta vióse de pronto acompañado por alguien que le desafiaba a "pagar", quitándole en mano; era también Krupay, el "bitalo", como en la leyenda pampeana de Santos Vega. Los nativos hablaban asimismo de un diminuto duende, que es como la encarnación humorística y bromista de Krupay. Es el travieso enano de la siesta, con su corta estatura, sombrero de copa en embudo...

Los hijos de la Selva refieren otras revelaciones de Krupay. Cierta día los montes saladinos oyeron el baladro de un fabuloso toro. Velia chicara de Olímpica frente sobre cuello erinado, ¡y era también Krupay! Otro día le vieron, entre las penumbras del ramaje, con su rostro de sátiro, sus pechudas piernas y hendidas patas de chivo...

¿Ve ahí como este dios o demonio, numeroso parece mezclarse a la diaria existencia de esas campañas. Sus dominios se extienden a la espesura toda; y hasta un árbol de la flora local señala con nombre inequívoco la presencia definitiva.

En la descriptiva nomenclatura de las plantas silvestres figura la malop "taco", "algarroba del diablo"...

## El Kuray - III -

Alive en la Selva un pájaro nocturno que al romper el silencio de la sombra, estremece el alma con su lígubre canto. Esa ave tiene una historia. Es la tragedia de su origen lo que evoca con su grito lastimero, ayeando entre las arboledas tenebrosas: ¡Kuray!... ¡Kuray!, ¡Kuray!...

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos (un muchacho y una niña) habitaba un rancho en las cebras. Era bueno; ella era cruel. Amábala él como pidiéndole ventura para sus horas huérfanas; pero ella iba acabando sus días con recalcitrante ferocidad. Desesperado, abandonaba en ocasiones la choza, internándose en las

mañanas; y ella amagaba en sus ailamientos sus iras, hilando alguna madeja en la rueca o tramando alguna colcha en sus telares. Mientras vagaba por la selva el buen hermano pensaba en la hermana, y, perdonándola siempre llevábale al rancho las algarrobos mas gordas, los mirtos mas dulces, las mas sazonadas tunas. Vivian ambos de los frutos naturales en aquel siglo de Dios. Procurando a su subsistencia, él traía hoy para la casa un mirito atrapado garrote por cetero cercano; o bien un sábalo pescado en figa en el remanso del río; sino un quirquincho de la barranca próxima, o algún panal de la chiguana, manando rubio néctar por los simétricos abriolo. Palmo a palmo conocía su monte, y, siendo cazador de tigres además, protegía la morada. Insigne morador de mieles, nadie tenía mas despiertos ojos para seguir a la abeja voladora que lo llevaba a su colmena: la de la ashpa-mishqui escondida en el suelo, en un cardón enjambrada; la de la tui-simi y la de cayanes fabricada en el tronco de los mas duros árboles... Todo le costaba trabajo y pequeños dolores; pero ella, en cambio, mostrábase indiferente, como gozándose en sus penas... Sobrio es una tarde sediente, fatigado, tras un día de infructuosa perquisación; pues, como reinaba la sequía, estaban yermos y en escasez los campos. Le grababa la mano, porqué al pretender agarrar una perdiz voladora a lires y caído entre unas matas, pinchóle el <sup>2m</sup> utupcuhnakachina, el cactus espinoso "que hace llorar al tigre". Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel para beberla y otro de agua para rectársela los harponazos. Trajo ella ambas cosas; mas, en lugar de servirselas, derramó en su presencia en el suelo la botijilla de agua y el tupo de miel. El hombre una vez mas, abrigó su desventura. Pero como al día siguiente le volcara también la ollita donde se cocinaba el loco de su refrigerio habitual, desesperado, resolvió vengarse. Encubriendo en su invitación sus deseos de venganza, invitóla para que le acompañase a un sitio no lejano, donde había descubierto miel abundante de moro-moros. No vistió su yamarra profesional, ni sus guanteletes, ni el sachasombbrero, ni lleva la bocina de las meléadas, porqué juzgaba fácil la aventura. El árbol un abuelo del bosque, era sin embargo de gigantesca talla.

Cuando llegaron allí, el muchacho persuadió a su perversa hermana a que debían operar con cuidado, buscando beneficiarse del néctar

sin destruir las abejas pequeñas, pues se referían historia de cazadores meleros desaparecidos bruscamente a manos de un dios invisible que protege las colmenas... Sobre la horqueta mas alta hizo pasar su lazo; y lo preparó en un extremo, á guisa de columpio, para que subiese en hermana, bien cubierta por el poncho, en defensa de enjambre, ya alborotado por la maniobra. Girando al otro extremo, a manera de corrediza palanca, la solvió en el aire, hasta llegar á la copa; y cuando ella se hubo instalado allí, sin descubrirse, él empezó á simular que ascendía por el tronco, desgajándolo á hachazos, mientras bajaba en realidad. Tras después el lazo, y huyó sigilosamente... Presa quedaba en lo alto la infeliz.

Transcurrieron instantes de silencio. Ella habló... Nadie respondía... Como empezara á temer, solvió á la manita que la tapaba, dejando apenas una rendija para espiar. El zumbido de los insectos la aturdió; pues el armado enjambre rebolaba furioso en derredor, vibrantes de alas y trompas.

Ese rumor confuso revelaba la profundidad del silencio. ¿Que podría ser? No sospechaba la hora ni el lugar. Diega de horror y de coraje se desembozó de súbito, así la acribillaron las moro-moros; al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó...; sola, sola para siempre!... Abandonada á semejante altura sobre un tronco liso y largo, sin otras ramas que esas á las cuales se aferraban sus manos prietas en constreñir de miedo, espiaba para ver si el hermano reaparecía por ahí. Tra acometían deseos de orrojarse, pero la busquedad del golpe amilanábala. No obstante, si parecía allá, quien sabe si los caranchos no vendrían á saciarse en ella, como en las osamentas de los animales que morían ignorados en el monte.

Mientras tanto la noche iba descendiendo en progresiva nitidez de sombra. Desde su atalaya, la pobre huérfana, había podido por primera vez, contemplar sobre el panorama de la Sebra la inmensidad de los horizontes, y la sucesión de las copos, ardes que se unían formando obscuro océano en crespa de gigantescas olas. Él se hundió tras de los árboles, la impresión mas soberbia que nunca, iluminado el enorme lomo del bosque, con su claridad apacible y decorado del cielo, de Occidente por

cosmogónicos resplandores. Luego vio aquella gran luz aguarce hasta disolverse  
toda en la noche, — noche sin aires para mayor desventura.... Nunca se  
le mostró mas parorosa el cielo, ni mas callada la breña. Tuvieron an-  
cias locas de perderse en el ignoto, de hender esa inmensidad de árboles y  
tinieblas, á llenar el silencio de un solo grito. Mas ahora se le anuscaba  
la garganta muda y la lengua se le pegaba en la boca con sequedad  
de arcilla. Giritaba como si el ábrigo la azotase con su punzante frío  
y sentía el alma toda mordida por implacables remordimientos. Los pies,  
en el esfuerzo anómalo con que senían su rama de apoyo, fueron desfigu-  
rándose en garras de buho; las nariz y las uñas se encorvaban; y los  
brazos abiertos en agónicos distensión, empalmeaban desde los hom-  
bros á las manos. Púnea asfisiante la estranguló, y, al verse de  
pronto convertida en ave nocturna un ímpetu de valor arrancóla  
del árbol y la empujó á las sombras....

¡Se nació el Kdcily. La pena rompió en su garganta llamando  
á aquel hermano justiciero. Ese grito de contricción, de esa mujer  
convertida en ave, resuena aún y resonará siempre sobre la noche  
de los bosques natales:

¡Turay! ¡Turay!... ¡Turay!...

Fin

Amalia Rosa Bonferrada } copiado de  
Ayudante } otro sexto!  
Escuela Nacional N.º 5. Relu.